

*De la traducción del libro “Una vida al pie del volcán” – Hna. M. Doria Schlickman*

*Capítulo*

*Las luchas continúan*

Entre tanto aumenta la presión del exterior y el peso de la incompreensión. A comienzos de agosto de 1952 le llega inesperadamente, a través de su superior general, un nuevo decreto: No debe salir más de Milwaukee “ni inmiscuirse de ninguna manera en los asuntos de la visitación apostólica”... “ni de ninguna manera ni motivo tratar sobre la cuestión de Schoenstatt, ni en forma oral ni escrita, ni directa ni indirectamente”.

Igualmente por vía del superior general, el P. Kentenich hace llegar al Santo Oficio sus preguntas sobre esos mandatos. La prohibición de trabajar por Schoenstatt y su espiritualidad, ¿se extiende a la correspondencia y las conversaciones de atención pastoral? No recibe respuesta alguna. Toda gestión de un schoenstattiano por la persona del fundador es considerada un acto de “desobediencia a la Iglesia” y atribuida al P. Kentenich. En este sentido en una carta se halló una declaración sobre el fundador y se la tomó como motivo para inculpar al P. Kentenich por su contenido: “Según el P. Schneider el P. Kentenich sería el más sabio teólogo, filósofo y psicólogo”. El fundador responde enseguida con la siguiente aclaración: *“Quien tenga presente que estas palabras están consignadas en una carta privada y han sido inspiradas por una actitud personal de veneración, sabrá interpretarlas correctamente... Sea como fuere, sigue siendo verdad que quien*

*crea mártires fomenta, aunque no lo quiera, una más honda vinculación de la gente a ellos”.*

Igualmente se defiende de la acusación de que a través de sus conferencias en Sudamérica habría intervenido en la visitación apostólica que se hallaba en desarrollo, y “confundido todo” en esos países: *“Si eso quiere decir que yo habría motivado a los padres a tomar posición en relación con Schoenstatt, y que a raíz de ello se habría generado un discernimiento de los espíritus, entonces la visión de la situación es correcta. Espero que ese proceso continúe hasta el capítulo general... No comprendo cómo se puede hacer de ello una acusación. En primer lugar, no se afectó de ninguna manera el ámbito de competencia del visitador... Además hasta ese momento no se me había prohibido hablar sobre Schoenstatt, cosa que se ha hecho recién ahora”.*

Sea de donde fuere de qué parte provenían, las acusaciones se acumulan, y a ellas siguen nuevas órdenes, prohibiciones y restricciones. No se presta oídos, no se responde a su franco y sincero esfuerzo por rectificar, por aclarar las cosas. En la necesidad, el fundador interpreta ese silencio como aprobación. En relación con el trato con las Hermanas de María que trabajan en Madison, propone saludarlas y conversar con ellas con normalidad, para evitar llamar la atención de la gente. Le solicita al Santo Oficio que le comunique si su deseo al respecto es otro. Como no le llegan objeciones, supone que Roma está de acuerdo.

Entre tanto el Santo Oficio, representado por el P. Tromp, y la conferencia episcopal alemana, buscan reformar toda la Obra. El P. Kentenich escribe al P. Turowski que *“Tréveris y, siguiendo a*

*Tréveris, también Roma... intentan nivelar, allanar a Schoenstatt en tres sentidos: jurídico, dogmático y ascético*". "Jurídico", apartando a la cabeza de la totalidad. Año tras año se irá apartando también a otros dirigentes de Schoenstatt que se saben unidos al fundador o bien defienden al fundador y a la Obra de Schoenstatt. Ya en 1952 le toca el turno a la Hna. Edelgart, Hermana del consejo general, directora de las Hermanas que trabajan en el Movimiento y de la Federación de Mujeres. El P. Tromp la destituye de sus cargos arguyendo motivos pocos convincentes y a pesar de muchas objeciones bien fundadas de parte de la dirección del instituto. Igual suerte corren la Hna. Annette, superiora provincial, y otras Hermanas del equipo de la dirección. Sólo se pudo evitar el proyecto del Santo Oficio y de la curia de Tréveris de hacer regresar a la Hna. Ana a Schoenstatt y nombrarla asistente general. El obispo de Tréveris comenta sobre el rechazo de esa propuesta: "No podemos ponerla en ese cargo. Las Hermanas están sufriendo mucho".

El drama de las destituciones sin fundamentación objetiva alcanza a los sacerdotes. En 1954 afecta a dos estrechos colaboradores de la Central de Schoenstatt: los PP. Alexander Menningen y Francisco Bezler. También el P. José Fischer, director de la rama de peregrinos y compañero del P. Kentenich en el campo de concentración, tiene que abandonar Schoenstatt. A ellos les seguirán a comienzos de los años sesenta los PP. Juan Tick, José Vermeegen y José Klein. Luego de que en 1959 Mons. Enrique Roth, con permiso expreso del Santo Oficio, asumiera el cargo de asistente general de las Hermanas de María, es destituido tres años más tarde. En ese mismo año el director de los Sacerdotes de Schoenstatt, Mons. José Schmitz, quien se había desempeñado en ese cargo por muchos años, es igualmente destituido.

El punto culminante de este dramático proceso tuvo lugar en noviembre de 1962, cuando el cardenal Frings, por mandato del Santo Oficio, propone destituir a todo el equipo directivo de los institutos seculares de Schoenstatt y nombrar en su lugar a personas - según su parecer - más adecuadas, y por esa vía “comenzar una reforma radical de la Obra”. En ese momento el P. Bea, quien en todos esos años había buscado soluciones para Schoenstatt y el fundador, reconoce que tampoco él sabía qué hacer o aconsejar ante tal situación.

Ya en el primer año de su exilio, el P. Kentenich veía venir ese intento de una completa *nivelación jurídica de Schoenstatt*. A dicho intento se unía asimismo el deseo de reformar partes fundamentales de reglamentos y estatutos. Denunciaba asimismo un intento de *nivelación dogmática* concerniente a la devoción mariana: se proponía reconducirla a lo que en general era conocido y habitual, sin tomar en cuenta las concretas experiencias de fe hechas con la Sma. Virgen en Schoenstatt a lo largo de décadas. En cuanto a lo *ascético*, se exigió de los miembros renunciar a todo lo original de la espiritualidad de Schoenstatt.

Se trataba pues de un *intento de nivelación* cuya consecuencia era lógicamente la supresión total de todo lo que hacía a la novedad y originalidad de Schoenstatt. En su calidad de fundador y testigo de toda la historia de Schoenstatt, el P. Kentenich no podía aceptar eso en silencio. Se decidió entonces a retomar la labor de redacción de un ensayo para Mons. Schmitz que había comenzado en Chile. “*El secreto de la vitalidad de Schoenstatt*”. Por esa vía esperaba

contribuir a generar claridad sobre el tema Schoenstatt en las autoridades romanas y diocesanas.

Pero una y otra vez sufrió una decepción. Cuando cae en manos del P. Tromp una serie de conferencias del año 1933 sobre el “*misterio de Schoenstatt*”, ya el simple título fue para él suficientemente reprobable como para prohibirla. Se trataba de un escrito que, en cuanto a su contenido, era idéntico a un cuadernillo publicado en 1934 con el permiso de Tréveris. Mientras que el P. Kentenich confiaba en que el P. Tromp acogería esos textos quizás con interés y una nueva comprensión, éste se dedicó a retirar y destruir en todas partes dicho escrito. Lo hizo con meticulosidad y desoyendo toda referencia al cuadernillo que había sido aprobado.

Sin embargo el P. Kentenich no abandonó la redacción de largos intentos de aclaración, impulsado finalmente por la esperanza de que las generaciones venideras supiesen aprovechar ese material, y así, en un tiempo futuro, se lograra una mejor comprensión. Con sus 66 años que contaba al inicio de su exilio no pensaba en un retiro bien merecido. Ahora tenía tiempo y posibilidad de pronunciarse sobre cuestiones de su obra, de la Iglesia, de la sociedad y del mundo.

Su estilo de escritura requería una cierta ejercitación de parte del lector. Porque se notaba enseguida que estaba acostumbrado a formular ideas en latín: largas oraciones con abundante uso de la subordinación y léxico filosófico teológico que suponía todo tipo de conocimientos. Así pues escribió centenares de páginas de sus “*Glosas al margen*” y “*Apuntes para la crónica*”. En el transcurso de los años pasaron a constituir miles de páginas de material de estudio, a veces en forma de cartas dirigidas al obispo de Tréveris,

Matías Wehr - quien desde 1951 había sucedido a Mons. Bornewasser -, o a los PP. Menningen, Turowski y Möhler, o por último en forma de reflexiones sobre determinados temas.

Cuando el sacerdote palotino Ray Piskula, siguiendo una sugerencia de otro hermano de comunidad, le preguntó si estaría dispuesto a hacerle los esquemas de las homilias de Cuaresma del Año Mariano de 1954, el P. Kentenich asintió enseguida con alegría. A partir de esa serie de homilias se compuso más tarde un libro de más de cuatrocientas páginas, publicado con el título de “María, madre y educadora”.

En 1957 se dedica a un tema del debate teológico (Carlos Rahner) que se anticipaba mucho a su tiempo, pero que era muy actual para él, ya que lo concernía directamente: *“Sobre la tensión entre ministerio y carisma”*. Antes del Concilio ese tema constituía un clavo ardiente; ya el simple término “carisma” era sospechoso en la Iglesia. Lo que el fundador reflexiona y vuelca en su escrito tenía que ver no sólo con su propio destino o el de Schoenstatt, sino con el destino de muchos movimientos de espiritualidad del s. XX. Esa tensión entre ministerio y carisma y su fecunda interrelación, concitaron especial interés recién en y sobre todo después del Concilio Vaticano II. Quien leía su escrito podía discernir importantes trasfondos de su pensamiento y acción para con la Iglesia. *“Realmente es Dios quien está actuando de manera palpable en Schoenstatt y a través de Schoenstatt. Lo hace sirviéndose de instrumentos humanos como colaboradores, de acuerdo con sus planes y leyes de gobierno del mundo. Porque Dios actúa en la historia valiéndose de causas segundas libres... Quizás a ojos humanos miopes aparezca la causa segunda más fuertemente*

*en primer plano, dándole a todo el proceso una impronta humana. Pero en el trasfondo está la causa primera, Dios, que se destaca por encima de todo y todo lo domina”.*

En cuanto a su propio papel, introdujo en el debate una cita de Roberto Grosche (1888-1967), quien, como “pensador precursor del Concilio” escribía en un artículo de 1955/56 titulado “El elemento profético en la Iglesia”: “El ‘profeta’ aparece a modo de contraste con lo existente; he ahí la verdadera razón de su hacerse presente... Naturalmente esa novedad, sea como fuere como se manifieste, adquiere una ambigüedad insoslayable: puede renovar la Iglesia o también dividirla... El contraste se convierte en contradicción cuando el profeta se desprende y aísla del contexto en el que se mantienen los contrastes. Ciertamente el profeta es un hombre de la verdad, ha sido llamado a defenderla. Como tal se halla en situación de contraste con lo existente. Pero la tarea reside en no absolutizar esa verdad. Si la desprende del contexto y la hace absoluta, se convierte en hereje, porque no renueva la Iglesia, sino que la divide. El hereje no es otra cosa pues que un profeta malogrado. Pero si el contraste no se convierte en contradicción, se hace fecundo: es acogido en la Iglesia. Está claro que esto no acontece inmediatamente. Los representantes de la Iglesia custodian la herencia que les ha sido confiada. Defienden lo existente que es atacado, defienden lo que la historia guarda para sí y que quizás la actualidad vea como algo contra sí... Cuando en la Iglesia se anuncia algo nuevo, el ministerio ‘huele’ enseguida al ‘hereje’. Pero eso es comprensible cuando se piensa en los escollos que la Iglesia hubo de sortear en su larga historia... Justamente porque ama a la Iglesia, el profeta no se deja expulsar de ella ni inducir a renunciar a su misión”.

En 1961 la Hna. Eileen, estudiante de la Universidad Marquette, le preguntó al P. Kentenich sobre su “filosofía de la educación”, porque quería escribir su tesis de licenciatura sobre la pedagogía de Schoenstatt. El tema lo motivó tanto que escribió un ensayo en alemán que llevó el título “What is my philosophy of education?”. En ese mismo año redactó el ensayo “Crisis de las formas de gobierno”. Justamente en este último ensayo enfocó la cuestión de la autoridad y de la obediencia de una manera como habría de ser tematizada en la Iglesia recién luego del Concilio Vaticano II. Sobre todo explicó en su escrito una idea directriz que lo motivaba en el campo pedagógico ya desde 1912, y que transmitió a los dirigentes de sus comunidades como consigna para su gobierno: “Autoritativo en principio - democrático en la aplicación”. Según este axioma, existe un cierto orden jerárquico, pero en la práctica la convivencia de superiores y subordinados ha de estar determinada, con la mayor amplitud posible, por la libertad, la corresponsabilidad y la democracia.

El fundador daba cuenta a su superior general sobre cada paso que daba. Cuando su provincial viaja a Alemania, en mayo de 1953, cuenta sobre él que “era un modelo de obediencia absoluta”, “de calma, serenidad y entrega”. En efecto, incluso cuando el P. Kentenich tramita un nuevo pasaporte y para ello tiene que abandonar Milwaukee para retirarlo personalmente en la embajada alemana de Chicago, le pidió al P. Turowski que solicitase el permiso correspondiente ante el Santo Oficio.

Mientras sobre José Kentenich y la comunidad de las Hermanas, pesaba todo el enorme lastre de la visitación, desde principios de



otoño de 1952 se tomaron también rigurosas medidas contra el Movimiento de Schoenstatt y los sacerdotes que trabajaban en él. El visitador redactó diecisiete instrucciones por las que se prohibía cosas que en gran parte nunca se hicieron o afirmaron. También los sacerdotes de Schoenstatt estuvieron expuestos, al igual que las Hermanas de María, a falsas sospechas que en Alemania perjudicaron considerablemente el prestigio del Movimiento por muchos años. Las medidas eclesiásticas sumieron en dudas y en crisis de conciencia incluso a estrechos colaboradores del fundador. En definitiva las severas medidas provenían de las más altas instancias eclesiásticas, cuya autoridad antes del Concilio Vaticano II era considerada intocable. Luego del Concilio esos procesos fueron reformados radicalmente y las autoridades cambiaron de nombre.

Nadie sabía de dónde venían las acusaciones que se hacían ante el Santo Oficio y que se sucedían sin cesar. El P. Kentenich escribió a su superior general sobre las “*fuentes turbias*” que había detrás de las acusaciones falsas. Él debía mantener conciencia de que se observaba sus pasos y palabras, se los interpretaba falsamente y se informaba sobre ellos a modo de acusación. No obstante se sentía interiormente libre. La seguridad con la que se conducía y la serenidad que irradiaba les resultaba a algunos directamente inquietantes. Pero para él estaba claro que esas pruebas de fuego habían de venir y ser superadas. De todas maneras no se cumplió su secreta esperanza de que las luchas del momento fuesen “*el camino querido por Dios para acercarse con el Movimiento al Santo Padre*” y “*lograr así una postura positiva de su parte*”. En los años siguientes otras personas fueron más rápidas e intervinieron en la causa negativamente.

Durante muchos años no respondió a los crecientes ataques y calumnias contra su persona que, entre otras cosas, le achacaban defectos psicológicos y también conductas inmorales. Hablando humanamente, a él, que sólo daba la mano, el saludo de la paz o bien un abrazo entre hermanos de comunidad, le habría resultado difícil tener muchos hijos naturales por todo el mundo, como se afirmaba; o bien padecer un “complejo de Edipo” debido a que él mismo era hijo natural. Se había dado curso a *“fantasías desenfrenadas”*. El fundador callaba ante todas esas cosas, mientras que el sentido de justicia de su superior general se hizo escuchar: el P. Turowski solicitó a especialistas un dictamen sobre el estado psicológico y mental del P. Kentenich y lo remitió al Santo Oficio.

Recién en 1960 el P. Kentenich mismo - inspirándose en la *“Apologia pro vita mea”* del cardenal Newman -, escribió una minuciosa justificación y defensa de su persona, de la historia de su vida y de la historia de Schoenstatt ligada a ella. Sin embargo no la envió. Su fe en el origen divino de toda la Obra era incommovible, aun cuando él humanamente fuese probado con dureza. *“Cuanto más desvalidos nos sintamos, tanto más grande ha de ser nuestra confianza”*, escribía en una carta. Malentendidos y falsas interpretaciones, una vez propagados, resultan difícil de despejar. Pero él no cejó en su empeño. Frente a la acusación de que Schoenstatt sustentase un “falso misticismo” señaló lo siguiente: En su origen y desarrollo Schoenstatt se había ceñido a una muy austera fe en la Divina Providencia que no reclamaba para sí ningún tipo de visiones, apariciones o milagros en el sentido tradicional de los términos. Por lo tanto de ninguna manera podría imputársele “falso misticismo”.

Schoenstatt y su fundador eran objeto de dudas, escepticismo y rechazo. En medio de tal marejada, en septiembre de 1952 el P. Kantenich escribe a Mons. José Schmitz, que se hallaba en Vallendar: *“Sobre todo es importante poner en manos de la Sma. Virgen el cetro de la Familia... para que ella manifieste el carácter sobrenatural de su Obra. La inequívoca respuesta a la pregunta del P. Tromp sobre si lo que se ha gestado y desarrollado en Schoenstatt hasta hoy es suficiente para fundamentar la convicción [de que Schoenstatt es obra de Dios], nos concierne ante todo a nosotros mismos. Mediante nuestra vida práctica vivida sobre la base del Poder en Blanco y la Inscriptio, dar prueba del poder transformador de nuestra gran Educadora”*.

El 8 de julio de 1952 el fundador celebra en Madison el aniversario de su ordenación sacerdotal. A continuación de tales ceremonias se ofrecía la única posibilidad de decirles algo a los presentes, que conformaban un pequeño grupo de allegados. En aquella oportunidad rezó de todo corazón la siguiente oración, para alentar a sus oyentes y también a sí mismo: *“El día de hoy nos invita a reflexionar sobre los cuarenta y dos años transcurridos... Al contemplar todo lo que se ha desarrollado, nos decimos que se confirman aquellas palabras: ‘Todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios’... los que aman a Dios son quienes no buscan ni quieren nada para sí... todo contribuye a su bien, trátense de tribulaciones como de otras cosas. La razón más profunda de esa fe es la sabiduría, bondad y omnipotencia paternas de Dios... Virgen Santísima: regálanos hoy nuevamente el espíritu de filialidad, una filialidad que no quiere alterar nada sino que sólo pregunta: ¿Qué dice el plan de Dios?... Así pues te pido, a modo de*

*gratitud por estos cuarenta y dos años: Madre, haz de mí lo que quieras”.*

¿Qué iría a pasar?

En la patria arreciaban las luchas y las confrontaciones adquirían formas cada vez más dramáticas. Las Hermanas de María luchaban literalmente por su existencia. No sólo les estaba prohibido el contacto con el fundador, sino que todas las cosas originales que se habían desarrollado a lo largo de décadas bajo su guía e inspiración, debían desaparecer, ya que fueron prohibidas por el visitador.

Con gran dolor las Hermanas acataban obedientemente los decretos del visitador, pero no podían aceptar sus fundamentos. Su abierta aversión a la persona del P. Kentenich impedía que se generase confianza entre el P. Tromp y ellas. El visitador no podía entender muchas cosas debido a su manera de ser más bien distante de la vida concreta y debido a su falta de experiencia pedagógica. Insistía sólo en su autoridad. Todo ello hacía que para él no hubiese más que una única manera de interpretar la situación: la resistencia y los argumentos de las Hermanas eran fruto de un “espíritu no eclesial”.

La Hna. Bonifacia, que él mismo designara como asistente general, en carta al Santo Padre exponía lo que sentían muchas Hermanas en relación con el visitador: “Tendría que violentar mi conciencia si quisiera compartir la visión negativa que de nuestro fundador tiene el Rvdo. Visitador. Estuve y estoy convencida de que respeto, gratitud y amor para con nuestro fundador no está en contradicción con el espíritu eclesial”. A pesar de todos los esfuerzos, la Hna. Bonifacia no se ve en condiciones “de generar un trabajo conjunto, signado por la confianza, entre el visitador y las Hermanas”.

El P. Tromp tenía poca experiencia con la vida comunitaria y sus constantes internas, y menos aún con comunidades femeninas. Sólo así se explica que, eludiendo a la dirección oficial de las Hermanas, que gozaba de la confianza de la comunidad en su conjunto, se dejase guiar por algunas pocas personas e interviniese dictatorialmente en los asuntos de la comunidad. Tratárase tanto de la ocupación de cargos como de decisiones sobre admisión o despido de miembros de la comunidad, no les permitía a las Hermanas el ejercicio de sus derechos. En su condición de talentoso especialista en dogmática y típico representante de la Iglesia preconiliar, la novedad de esa comunidad secular, el estilo de dirección de la comunidad y su espiritualidad original sencillamente le resultaban extraños y, por ende, sospechosos. Y como él mismo lo admitiera, tenía sus susceptibilidades cuando alguien lo contradecía, especialmente si se trataba de mujeres, aun cuando éstas lo hicieran con toda cortesía. No en vano él era todo un profesor de la Pontificia Universidad Gregoriana, Consultor y Encargado del Santo Oficio de Roma. En razón de esa imagen que él tenía de sí mismo, ligada a una actitud un tanto orgullosa, y en razón de sus estallidos temperamentales, cada vez que visitaba Schoenstatt se daba pie a nuevos y violentos conflictos. Los frentes se endurecieron al punto de que finalmente el visitador estaba decidido a cerrar el noviciado. Solicitudes elevadas al Santo Padre y visitas de Hermanas de María al Prosecretario del Santo Oficio, cardenal Ottaviani, fueron infructuosas.

Ya estaba a la firma el decreto de disolución de la comunidad en el escritorio de Pío XII, cuando los esfuerzos hechos comenzaron a dar sus primeros frutos. El P. Bea, a quien se había consultado pidiendo

asesoramiento, fue cobrando mayor conocimiento de las necesidades y dificultades de la comunidad y su fundador. A comienzos de julio de 1953 tuvo oportunidad de hablar personalmente con el Santo Padre y explicarle algunos problemas. El cardenal Aloysius J. Munch, norteamericano de nacimiento y primer nuncio apostólico de la República Federal de Alemania, le confió a una Hermana de María que el Santo Padre apreciaba a Schoenstatt. En una audiencia del 30 de julio el Papa habría “hablado con mucha benevolencia sobre Schoenstatt”.

Pío XII no firmó el decreto de disolución de las Hermanas de María sino que, por propia iniciativa, dio por finalizada la visitación apostólica, con fecha anticipada del 11 de julio de 1953. El P. Tromp fue retirado por el Santo Oficio de su tarea. Pero esto no significó el cese de las luchas, ya que la influencia del ex visitador no había quedado suprimida de ninguna manera...

En la Central del Movimiento en Alemania se generó un nuevo foco de conflicto tras el capítulo general de los palotinos de 1953. En virtud de las estrictas medidas de la visitación y las acusaciones, se produjo una nueva confrontación sobre la relación entre Schoenstatt y los palotinos. Las posiciones al respecto se hacían cada vez más divergentes. Para algunos, Schoenstatt era naturalmente parte de los palotinos; en cambio otros lo sentían como “un cuerpo extraño”. Los pro y los contra sobre Schoenstatt en cuanto obra apostólica externa de los palotinos habían de discutirse en el capítulo general de 1953.

Para el P. Kentenich su comunidad palotina era siempre “*parte central y motriz*” del Movimiento de Schoenstatt, pero Schoenstatt era un movimiento que se había generado y desarrollado de manera

independiente, era una nueva iniciativa de Dios. Luego de la temprana muerte de Vicente Pallotti, su obra quedó inconclusa. Según el P. Kentenich, Schoenstatt podía enriquecer la obra de Pallotti en virtud de su fuente de conocimiento, de su vida y organización nuevas, así como en virtud de su pedagogía original. Una opinión que naturalmente daría lugar a discusiones. El P. Kentenich consideraba decisivas las conclusiones a las que se arribase en esa confrontación: *“Si yo no estuviera hondamente convencido de que la Sociedad (palotina) se halla ante una cuestión crucial, no comprometería toda mi persona y energías. Podría ahorrarme esos esfuerzos...”* Así le escribía en la primavera al P. Carlos Hoffmann, miembro del consejo general. Con falsos compromisos y concesiones no se haría justicia ni a una ni a otra parte, ni se podría esperar un futuro fecundo ni para Schoenstatt ni para la comunidad palotina. Las opiniones en pugna eran manifiestas: frente a la concepción del P. Kentenich de que la relación entre palotinos y Schoenstatt *“era una totalidad de dos polos querida por Dios”*, el P. Tromp, avalado por el P. Möhler, general, y el P. Schulte, opinaba que Schoenstatt era nada más que una adaptación de la obra de Pallotti a los nuevos tiempos y no una fundación nueva. Por lo tanto no había un fundador aparte ni un derecho de dirigencia independiente. Vale decir, sólo había un fundador del todo: Vicente Pallotti.

El P. Kentenich sabía que tal parecer acarrearía graves consecuencias. Porque los *“intentos de nivelación”* de los planes del P. Tromp y de los otros, apuntaban a adjudicar a la dirección general de los palotinos, en Roma, la dirección de toda la Obra de Schoenstatt, con todas sus comunidades. Eso perturbaría el delicado equilibrio de fuerzas en la Obra de Schoenstatt, que no estaba

dirigida de manera centralista, sino estructurada sobre la base de derechos propios y cooperación. Desprendería además de su marco de derecho diocesano a las comunidades laicales de la así llamada “Liga”, arrebatándoseles así a los obispos, con el tiempo, todo derecho de intervención. Ahora bien, el P. Kentenich quería precisamente mantener ese principio de tensión y complementación para su Obra de Schoenstatt. Y asimismo, por un lado, subordinar Schoenstatt a Roma (mediante los “institutos”) y, por otro, integrarlos a la Iglesia local. Pero si no se le prestaba oídos, si no se leían sus escritos, ¿podrían comprender ese ideario y sus más profundos trasfondos?

Paulatinamente algunos obispos alemanes comenzaron a entender dicho ideario y en los años siguientes hicieron escuchar su opinión. Se levantaron voces que protestaban contra la reglamentación y subordinación de toda la Obra bajo el gobierno de la dirección general palotina, propuesta impulsada por el P. Tromp, y abogaban además por una separación.

Habían pasado ya las últimas sesiones plenarias del capítulo general. El P. Carlos Hoffmann había servido a la comunidad palotina y a Schoenstatt durante muchos años en calidad de vice general, ex superior general (1937-1947) y procurador general. Ahora está sentado frente al P. Turowski, quien hasta hace poco había sido superior general de los palotinos. Los acontecimientos de los últimos días seguían siendo para él inconcebibles: un día antes del comienzo del capítulo general, el 14 de mayo de 1953, se habían enterado de que un enviado del Santo Oficio, el P. Ulrico Beste OSB, presidiría el capítulo. Se les quitaba pues a ambos la dirección el capítulo general. Todo debía desarrollarse bajo el control de ese sacerdote



benedictino. ¡Y eso en el capítulo general de una comunidad internacional tan renombrada y reconocida en todas partes! Fue algo inconcebible y como una bofetada en pleno rostro. Era expresión, de parte de la Iglesia, de desconfianza para con su comunidad. El capítulo por lo tanto había perdido toda libertad.

En su discurso inaugural, el P. Beste hizo gravísimas acusaciones contra el P. Kentenich que provenían de la pluma del P. Tromp. Había prohibido todo tratamiento del tema de un nuevo reconocimiento de Schoenstatt como obra externa de la Sociedad palotina y de consultas sobre un modelo de dos polos. De este modo el debate esperado por el P. Kentenich no tuvo lugar en absoluto.

- “Algunos de nosotros habíamos acordado que si en el capítulo general se comenzaba a tratar la cuestión de Schoenstatt, presentaríamos enseguida la solicitud de invitar al P. Kentenich al capítulo, a fin de que pudiese responder por el Movimiento”.

- “¡Hubiese sido tan bueno al menos escucharlo!” Exclama el P. Turowski, preocupado, con la mirada perdida, porque después las cosas empeoraron: en caso de elecciones libres, el P. Turowski seguramente habría tenido la clara mayoría de los votos para ser reelegido superior general. Pero no se le había permitido ser reelegido.

La intervención en la Sociedad palotina y su futuro, pero también en Schoenstatt, era grave: el Santo Oficio se había reservado la última decisión sobre la ocupación de todos los cargos y, con ello, no sólo la “elección” del P. Guillermo Möhler como nuevo superior general, sino también la designación de todos los seis miembros del consejo. El P. Hoffmann retomó el diálogo diciendo en voz baja:

- “De esa manera se descartó a todos los que eran benevolentes para con Schoenstatt. Luego de la ‘elección’, uno de los padres

capitulares me susurró: ‘En medio de esta situación, el P. Möhler es la persona menos adecuada que se ha podido poner en ese cargo’; es un diplomático ante quien uno nunca sabe dónde está parado”.

FOTO 15: Durante el exilio, 1954.

- “Bueno, habrá que ver cómo sigue todo...”, respondió el P. Turowski. Pero ese padre palotino que había hablado con tanta franqueza habría de tener razón: en los años sucesivos el general, P. Möhler, se ciñó más y más al parecer del Santo Oficio, y el P. Tromp - también luego de finalizada la visitación - continuó teniendo en gran medida todos los hilos en su mano. Procuró conservar su influencia sobre las Hermanas de María a través del obispo de Tréveris; sobre el consejo general de la Obra de Schoenstatt a través del superior general de los palotinos; y sobre los sacerdotes diocesanos de Schoenstatt a través de la conferencia episcopal alemana y su presidente, el cardenal Frings, de Colonia.

De los miembros del consejo hasta el momento del capítulo, hombres que conocían de cerca el desarrollo de Schoenstatt, no quedó ninguno en su cargo, tampoco el P. Hoffmann. Cuando la noticia del resultado de la “elección” llegó al P. Kentenich, en Milwaukee, el fundador se puso muy serio y sólo dijo: “*Disposición de Dios*”. De esa manera entregó a los poderes celestiales el desarrollo ulterior de los acontecimientos.

En esos duros años de prueba subrayaba siempre: “*Dios deja todo a oscuras. Necesita hijos que le den la mano al padre en su camino por en medio de la oscuridad, ¡hijos de la Providencia!*” Enseguida le escribe al P. Turowski: “*Dios ha dispuesto las cosas de otra*

*manera. Contra toda esperanza humana, usted se ha convertido en víctima de su valentía, de su convicción, de su fidelidad. Le agradezco - y conmigo toda la Familia de Schoenstatt -, por todo lo que usted ha hecho en los dos últimos años”. Poco después le envía unas líneas al ex vice general, el P. Hoffman: “Se ha decidido pues su destino. Me alegro de corazón por su mudanza a Schoenstatt... A mí personalmente me va bien. No se preocupe por mi futuro porque está en buenas manos. Cuando vaya a nuestro Santuario, no me olvide ni a mí ni a la obra común de nuestras vidas. Conserve siempre a nuestras Hermanas una sincera e íntima benevolencia”.*

Una obra estructurada federativamente no podía existir sin una vinculación interna al fundador en cuanto promotor de la espiritualidad. No obstante, las medidas contra el P. Kentenich y el Movimiento cobraron en los años siguientes una dimensión que ya no era más explicable desde el punto de vista meramente humano. Luego de las “disposiciones finales de la visitación”, el obispo Wehr, de Tréveris, fue designado como responsable último de la comunidad de las Hermanas de María, y enviado a Vallendar con claras instrucciones del Santo Oficio en relación con la comunidad, la Obra de Schoenstatt y su fundador. La “alocución episcopal” que pronunció allí el 12 de septiembre de 1953 “superó los peores temores”, tal como se consigna en la crónica de la comunidad: todas las acusaciones contra el P. Kentenich, tal como el P. Beste las había expuesto en el capítulo general de los palotinos, fueron repetidas literalmente y ratificados todos los decretos concernientes a él: “Abandónese la esperanza de que quizás el P. Kentenich pueda regresar... El Santo Oficio dispone que se realice la elección de una nueva superiora general y de un nuevo consejo general... Sólo se

pueden presentar al capítulo de elección las capitulares que por íntima convicción acepten las disposiciones de la Iglesia”.

¿Qué significaba eso? ¿Se estaría planeando proceder en el capítulo de las Hermanas tal como se lo había hecho en el capítulo de los palotinos? Pero no sólo la dirección del instituto se vio presa de gran preocupación. Dado que el obispo había hablado ante las superiores, directoras y educadoras, exhortándolas a poner en conocimiento a todas las Hermanas, su alocución sumió en gran angustia a la comunidad en su conjunto y a cada uno de sus miembros. Se sucedieron los “asaltos” de oración al cielo. No pocas ofrecieron su vida a Dios por la solución de esa complicada y dolorosa situación. Se había salido de una situación crítica y ya había otra a la puerta. Se estaba como en un barco en medio de la tormenta, vapuleado de un lado a otro, entre esperanza y desesperación, tal como lo consigna la crónica de la comunidad de aquellos años.

Honda consternación produjo la afirmación hecha por el obispo: “Téngase en cuenta que la Iglesia ha desaprobado no sólo el principio paterno en sí mismo, sino también los principios pedagógicos que se hallan en su base, y que ciertamente han sido tomados de la psicología profunda y psicoanálisis modernos”. En todo se percibía el tono del P. Tromp; pero así salía también a luz, abiertamente, lo que se le imputaba al P. Kentenich: psicología profunda. Que él sería “freudiano”. Todo lo que él, en el marco de las vinculaciones, de las relaciones y amor humanos, consideraba como valioso para el crecimiento religioso, fue arrastrado por el barro, tratándose de engendro de una dudosa fantasía. Durante varios minutos ninguna Hermana dijo palabra alguna. También el obispo calló, turbado.

Cuando el P. Kentenich leyó la alocución del obispo, le escribió al P. Menningen: *“Acabo de recibir la carta y la alocución del obispo. Nuevo dolor, nueva prueba, nueva fuente de bendiciones... Se trata, en el fondo, de nuestra fuente de vida, vale decir, de cosas fundamentales”*. Y tres días más tarde agrega: *“El conocedor que lea la alocución del obispo en su contexto... sacará la conclusión de que se ha consumado el asesinato moral de mi persona”*. Porque quedaba claro que la continuación de su destierro, junto con las acusaciones, hechas públicas tendrían que ver *“con la cuestión de la pureza y de la sacralidad de la fe”*, dando así nuevo pábulo a todos los rumores sobre las cosas malas que pudiera haber cometido.

Los decretos contra él debían quedar en secreto. El P. Kentenich no hablaba con nadie sobre ello, ni siquiera con sus hermanos palotinos de la casa donde estaba, ni con otras personas del entorno que cada vez en mayor número lo buscaban como pastor. Muy pocos supieron que estaba desterrado y casi nadie imaginó las duras luchas que había tenido que afrontar en los catorce años de su destierro.

En todo ese conflicto se advertía cada vez con mayor claridad que se trataba de una visión unilateral de ministerio y obediencia, tema que recién luego del Concilio Vaticano II sería puesto bajo una nueva luz. En 1959 el P. Kentenich le llama la atención en una carta al P. Möhler justamente sobre la diferencia a la hora de contemplar las cosas: *“En todas las circunstancias, lo que me interesaba era dar ejemplo a mis seguidores de cómo en medio de una situación compleja y complicada se puede ejercitar una perfecta obediencia sin temores propios de un esclavo ni falta de libertad interior”*.

En 1960 la policía secreta israelí consiguió localizar al oficial nazi Otto Adolfo Eichmann en Argentina y llevarlo a juicio en 1961. El P. Kentenich siguió con gran interés los informes del tribunal de Tel Aviv. Eichmann había sido el responsable del transporte hacia la muerte de los judíos de todo el ámbito europeo. Eichmann alegaba ante sus jueces que sólo había obedecido a sus superiores, actuado en el cumplimiento de órdenes, hecho lo que había sido su deber. Por lo tanto no tenía responsabilidad alguna por los sucesos de Auschwitz, e insistió en su inocencia.

Ya en 1912 el P. Kentenich había puesto de relieve la importancia de la educación de la personalidad; de ese modo hacía referencia a lo que luego Hannah Arendt, politóloga germano norteamericana, sobreviviente del Holocausto, escribiría en su famoso artículo del “The New Yorker” sobre el proceso Eichmann: Eichmann no sería un “monstruo” sino un “nobody”, alguien que niega ser persona y personalidad y por lo tanto no asume responsabilidad por sus acciones.

Al P. Kentenich le interesaba justamente el concepto de obediencia de Eichmann. ¡Cuán diferente se podía pensar sobre la obediencia y actuar en consecuencia! En el caso de Eichmann se trataba evidentemente de una muy difundida mala interpretación de la obediencia: una obediencia militar, “de cadáver”, que ejecuta ciegamente, sin pensamiento autónomo y responsable, lo que manda la autoridad.

Algo de tal concepción de obediencia se había infiltrado en la tradición de la Iglesia, cosa que para el P. Kentenich no se condecía con una obediencia fundada en la fe, tal como él la percibía en la

figura de la Sma. Virgen y trataba de imitar. ¿Acaso no se dice en la Biblia que la Madre del Señor reflexionó y preguntó, y se dejó guiar por el Espíritu de Dios? Esa obediencia en la fe era supratemporal y a la vez adecuada a los tiempos.

Con el caso Eichmann el P. Kentenich procuró ilustrar cuán peligrosa podía ser, para el cristiano en un Estado totalitario, una “obediencia ciega” que excluye la conciencia personal. En cambio su concepción de obediencia incluía desde el principio la corresponsabilidad de los subordinados.

FOTO 16: A comienzos de los años sesenta, en la playa del Lago Míchigan, EE.UU.

La nueva Iglesia, “*la Iglesia de la nueva orilla*” debía estar animada por esa concepción de obediencia. Eso se correspondía con su visión de las cosas y su actitud: fundándose en el espíritu del legislador y en corresponsabilidad por el todo, defendía con franqueza su convicción, por tanto tiempo como le fuese permitido y donde le fuese permitido. Para el fundador de Schoenstatt, en esa concepción de obediencia estaba la raíz de la libertad interior y de la verdadera personalidad, así como una orientación hacia Dios que le infundía tranquilidad. El Espíritu de Dios llevaría hasta el final la causa; cuándo y cómo lo haría era cuestión suya. En una carta privada declaraba: “*No me doy cuenta de que avanzo en años. Las vicisitudes actuales hacen más fresco y resistente cuerpo y alma... le deseo a usted lo mismo*”.